

Lengua y cultura en la historia de Japón¹

Alfonso Falero

Universidad de Salamanca

1 introducción

Los estudios de japonología² aún no han tomado una forma clara en nuestro país, por diferencia con otros países europeos, a pesar de que España, junto con Portugal, fue una nación pionera en el intercambio cultural de los s. XVI-XVII. Por desgracia el prejuicio de ciertas Facultades de nuestras universidades contra el orientalismo, que hasta hace poco se despreciaba como un área de investigación poco seria, ha contribuido en gran medida a la presente situación de extrañamiento de una cultura que quizá conocieran mejor nuestros autores del Siglo de Oro o de la generación del 98, o incluso de la generación del 27. Para las Facultades de Filosofía el orientalismo era hasta hace muy poco una desviación intelectual. Frente a la alta productividad especulativa de nuestros filósofos europeos, el mundo oriental aparecía como una amalgama de creencias religiosas primitivas incapaz de sostener un discurso intelectual serio. El orientalismo entraba en campos como Religión, Antropología e incluso Parapsicología. Esta estrechez mental y arrogancia cultural, por suerte, ya se va despejando ante el empuje imparable de la otra mitad del Globo, la de Asia, que está despertando a sus potencialidades económicas y culturales, frente a una Europa culturalmente avejentada. Por contra de lo que se había creído hasta hace muy poco, culturas como la india, la china y la japonesa, ofrecen un reto intelectual impresionante al problema del monismo centrípeto europeo, aportando soluciones de tipo dualista o incluso pluralista, como principio último de nuestra percepción de la realidad. Precisamente las raíces del “pensamiento de la diferencia” las encontramos sin duda en una cultura como la japonesa. Es imprescindible asumir como un paso definitivo la reciente creación del campo académico de la Filosofía/Teoría de la Cultura, que completará los campos de la Filología Comparada, o el pionero de las Religiones Comparadas. Este campo, sin embargo, habrá de desprenderse de la carga especulativa de la filosofía pura, para buscar su integración en un modelo multidisciplinar, donde los estudios de filología han de aportar un sustrato fundamental al campo de la cultura. Por tanto, el estudio del japonés y de la historia lingüística de Japón será asignatura obligatoria e inexcusable para cualquier especialista en japonología.

2 el japonés como lengua autóctona³

Para una introducción al tema de la importancia del idioma en la cultura japonesa, hemos de

¹ Este artículo está basado en la conferencia con el mismo título dictada por el autor en la Universidad de Salamanca en abril de 1997.

² Aquí el término “japonología” se usa en sentido equivalente a “estudios japoneses”. El autor omite comentar sobre la diferenciación terminológica al uso en la actualidad a nivel internacional. Para una referencia básica respecto a esta distinción véase Suzuki Ichiro, *Chiiki kenkyu nyumon*. Tokyo Daigaku Shuppankai. 1990, 148.

³ El autor agradece a Santiago Martín la revisión de la terminología lingüística utilizada en este epígrafe.

comenzar por afirmar con rotundidad la originalidad y las características peculiares de una lengua que no es reductible a su origen continental. El origen del japonés no está aún determinado por los estudios de filología. Si bien se reconocen coincidencias con dos grandes árboles genealógicos de las lenguas de Asia, las lenguas uralo-altaicas y las malayo-polinesias, el japonés no está claro que pertenezca a alguno de esos grupos, aunque ofrece rasgos particulares comunes a todos ellos, e incluso coincidencias fonológicas con la familia lingüística fino-hugria, o según algunos estudios recientes hasta con algunas lenguas dravídicas. Los especialistas japoneses de fonología comparada, siguiendo la línea abierta por los estudios pioneros del indoeuropeo, están intentando establecer correlaciones fonéticas, que de poder establecerse aclararían definitivamente el problema del origen del japonés. Pero el hecho es que los resultados de la fonología comparada en las lenguas asiáticas no han dado aún los frutos obtenidos en las lenguas europeas. Aunque una cosa está clara: la estructura fonética del japonés antiguo no coincide con las peculiaridades de las lenguas uralo-altaicas. Sin embargo, es un hecho que los estudios pioneros en este campo se centraron en la conexión del japonés con esta familia lingüística. Después de una investigación de casi un siglo, se ha podido establecer la coincidencia completa de las características de su gramática, de tipo aglutinante, con las lenguas uralo-altaicas. Incluso el punto de litigio que durante muchos años hizo pensar que tales coincidencias no eran definitivas, el fenómeno de la “armonía vocálica”, por el cual éstas se dividen en dos o tres grupos, y no se agrupan más que entre vocales del mismo grupo, ha sido despejado por la investigación más reciente. Una lista de características del japonés, basada en su coincidencia estructural con las lenguas uralo-altaicas nos da no sólo una inmejorable introducción a los estudios de filología japonesa, sino por ende una puerta de entrada idónea al tema de la formación de su cultura. Según Fujioka Katsuji⁴, pionero japonés en este campo, sería como sigue:

- 1 aversión a la duplicación consonántica en el comienzo de palabra.
- 2 ausencia del sonido [r] en comienzo de palabra (japonés antiguo).
- 3 armonía vocálica.
- 4 inexistencia de artículo.
- 5 inexistencia de género.
- 6 flexión verbal por adición a la raíz.
- 7 esta flexión verbal por adición presenta numerosas formas.
- 8 ausencia de flexión pronominal.
- 9 las partículas nunca van delante, sino detrás.
- 10 no se usa el verbo “tener” para expresar las relaciones de posesión, sino “ser” + dativo.
- 11 uso de “más/menos” para el grado comparativo de los adjetivos.

⁴ “*Nihongo no ichi*”, *Kokugakuin Zasshi* 14·8·10·11. 1908, citado por Kida Akiyoshi, “*Kodai nihongo no saikosei*”, *apud* Kishi Toshio (ed.), *Nihon no kodai* 14. Chuko Bunko. 1996, 43-45. Nuestro resumen de la historia de los estudios filológicos del idioma japonés se basa en este ensayo, 41-61

- 12 expresión de la interrogación por colocación de una partícula al final.
- 13 poca frecuencia de las partículas de enlace oracional.
- 14 sobre el orden de las palabras en la oración:
 - a- precedencia del adjetivo al noombre.
 - b- ausencia de cambio en el adjetivo.
 - c- precedencia del objeto al verbo.

Como decimos, el japonés se adapta perfectamente a la lista mencionada de características gramaticales comunes a las lenguas uralo-altaicas, pero curiosamente aún no se han encontrado correlaciones fonológicas con ninguna de ellas. Por el contrario, los rasgos fonológicos propios del japonés lo aproximan al grupo de lenguas malayo-polinesias. De entre ellos los más notables son la formación de sílabas abiertas, que acaban en vocal, la relativa simplicidad de los sonidos vocálicos, el acento musical, la presencia de los sonidos nasales [m] [n] [ng], y el fenómeno de la sonorización consonántica, p. ej. [ba] < [pa]. Estas características son comunes al grupo de lenguas procedentes del sur de Japón, lo que hace a algunos autores sostener la teoría de que el japonés y la cultura japonesa tienen sus raíces en unos movimientos migratorios procedentes del sur, pero de los que aún no se sabe suficientemente. Para otros autores la solución, mientras no se encuentren unas correspondencias fonológicas que ofrezcan datos fiables, es la de entender al japonés como una lengua mixta, que se pudo haber formado en varias fases, correspondiendo a distintos movimientos migratorios del norte y del sur, y haciendo que sobre una capa primitiva que sedimentaría la estructura gramatical, se superpusiera una asimilación de vocabulario procedente de un grupo lingüístico diferente, y le diera su originalidad al japonés que nosotros conocemos. La posible relevancia cultural de este punto de vista estriba en que esta perspectiva coincide con un dato que nos proporcionan los estudios recientes sobre el origen y la formación de la cultura japonesa. Pues al parecer ésta se forma por la migración de una etnia, los *wajin*, que introducen en el oeste de las islas centrales del archipiélago japonés una cultura que gira alrededor del cultivo del arroz, que acaba desplazando a una formación previa, los *jomonjin*, basada en la recolección y la caza, pero no sin incorporar algunos de sus elementos, originándose lo que el profesor Egami Namio denomina “complejo cultural del cultivo del arroz”.⁵ Esta será la base definitiva de toda la historia del Japón que nosotros conocemos. Pero quizás por la tendencia osmótica de los *wajin*, a partir de entonces la cultura japonesa se caracterizará por la sedimentación de este estrato, y sobre él la progresiva incorporación o asimilación de elementos nuevos, como la cultura sino-coreana, o después la europea, dando lugar a un fenómeno de dimensiones desconocidas en otras regiones. En esto la formación de la lengua y de la cultura

⁵ Egami Namio, “*Higashi Asia no naka no Nihon minzoku no keisei to bunmei no akebono*”, apud Kishi Toshio, Mori Koichi, Obayashi Taryo (eds.), *Nihon no kodai (bekkan)*. Chuko Bunko. 1996, 28-37. Una visión sintetizada de las últimas teorías sobre el origen de la lengua japonesa la encontramos en Tsushiro Hirofumi, *Nihon no shinso bunka josetsu*. Tamagawa Daigaku Shuppanbu. 1995, 48-58.

japonesas son posiblemente coincidentes, si bien aún no han aparecido suficientes estudios que aborden esta perspectiva del problema.

3 la incorporación de la escritura

El japonés anterior a la llegada de la cultura china a Japón es una lengua (Yamato-go) que desconoce la escritura. Sin embargo es rica en tradiciones orales, donde abundan vocablos relativamente largos, y cuya transmisión se permite juegos lingüísticos basados en coincidencias fonéticas, que luego aparecerán en la transcripción de la poesía oral⁶. También había acumulado una cantidad considerable de fórmulas rituales, posteriormente recogidas en la colección del *Norito*⁷, así como una compleja mitología, basada en el desarrollo de nombres parlantes de dioses, lugares y castas, y recogida de múltiples tradiciones locales dispersas por la geografía japonesa. Si atendemos al carácter general de las partes más antiguas de estos textos, no solemos encontrar nombres aislados, sino locuciones nominales. P. ej., *mizumizubotoyoashiharanonakatsukuni* (“país central abundante en fértiles extensiones de junco”) es una locución nominal de carácter ritual donde lo importante es el conjunto y no los elementos aislados. La importancia que incluso en el japonés actual tienen los aspectos pragmáticos del habla, o los aspectos contextuales del discurso, proviene de un estrato lingüístico y cultural previo a la importación de la escritura y la cultura chinas en el s. VI de nuestra era.⁸ Podemos acabar esta presentación de las características del japonés oral, anterior a los textos, resaltando dos aspectos más. En primer lugar, la estratificación del uso lingüístico según la situación del hablante-emisor/oyente-receptor. Este fenómeno demuestra que la diversificación del habla en varios niveles (*keigo*, etc.), que llega hasta nuestros días, tiene también su origen en un estrato muy antiguo del idioma, e incluso es más acentuada en la antigüedad que hoy en día. Un ejemplo claro lo tenemos en la tradición oral de las fórmulas rituales *norito* (arriba mencionadas), que usan locuciones verbales diferentes según que el mensaje sea dios-comunidad o comunidad-dios. Un último aspecto a tener en cuenta es la importancia de los topónimos, alrededor de los cuales se forman leyendas que explican su conexión divina con un dios local (*kunitsukami*), y son el origen genealógico de tal o cual clan familiar (*uji*). Este fenómeno aparece ya en una colección de textos que recogen antiguas tradiciones orales, clasificadas por provincias, con el nombre de *Fudoki* (compilado en el s. VIII). Esta peculiaridad lingüística tiene tal peso en la cultura japonesa, que incluso en la actualidad hay una tendencia muy marcada en muchos intelectuales a dar explicaciones de tipo local, climático o ambiental, para presentar lo peculiar de la cultura autóctona, en relación a otras culturas (*fudoron*).⁹

⁶ *Manyoshu*, traducida una selección de poemas del mismo por Antonio Cabezas, Hiperión 1980.

⁷ Hay traducción al inglés. Donald L. Philippi, Princeton Univ. Press 1990.

⁸ Las primeras inscripciones se remontan al siglo III aprox. de nuestra era. Vid. Okazaki Kuniaki, “*Moji to kigo*”, *apud* Kishi Toshio (ed.) *Nihon no kodai* 14, op. cit., 435-492.

⁹ Según Minami Hiroshi, dentro del *nihonjinron* o teorías sobre los japoneses producidas en Japón desde Meiji, un grupo importante de éstas se pueden clasificar bajo el rótulo de “*nihonjinron* desde la perspectiva de las condiciones naturales y ‘climáticas’ (*fudo*)”. Vid.

Esta importancia de lo local y lo concreto tiene mucho que ver con la repulsa por lo abstracto, faceta ésta que explica la ausencia de temas universales o de pensamiento especulativo en la cultura japonesa hasta la llegada de las escuelas budistas con doctrinas de enfoque universalista, o del pensamiento europeo. Como contrapartida, el japonés es también riquísimo en onomatopeyas, rasgo que se conserva marcadamente en la actualidad.

El s. VI de nuestra era es un siglo de especial relevancia para la historia lingüística del japonés. Podemos citar dos datos clave a este respecto. Uno es el comienzo de relaciones oficiales con Kudara, uno de los reinos de Corea, en el año 538,¹⁰ cuando entran en Japón por primera vez textos escritos en ideogramas chinos (sutras budistas). Paralelamente a la posterior entrada de numerosos otros textos, se dan unas migraciones de coreanos a Japón, que son quienes introducen el sistema de escritura chino. Las primeras inscripciones de japonés en caracteres chinos datan de finales de este siglo.¹¹ En ellas los ideogramas tienen un valor exclusivamente fonético y por tanto carecen de valor semántico (*kana*). Este uso es el origen del sistema japonés de incorporación de la escritura china, para transcribir una lengua que desconoce el sistema de ideogramas chinos. El problema que surge con este tipo de adaptación lingüística es que se incorporan valores fonéticos procedentes de varias fuentes, de acuerdo con los cambios lingüísticos que se van sucediendo en la historia de China. Así, p. ej., en las inscripciones mencionadas aparecen simultáneamente valores fonéticos de diversas épocas, como las dinastías Tchou, Han y Tsin. En los primeros textos que aparecen escritos en Japón, dos siglos después, encontramos por un lado la creación de un sistema de transcripción fonética para los textos mitológico-dinásticos y los poéticos del *Kojiki* (712)¹² y el *Manyoshu* (ca. 750. Arriba mencionado), llamado *manyogana*, con lectura sino-nipona de la región china Go. Estos textos combinan en su lectura el uso exclusivamente fonético (*ateji*) para los topónimos, los nombres de personas, y las partículas, con el uso semántico de otros caracteres, pero lectura japonesa (y no china). Simultáneamente a este sistema se incorpora el de la escritura china de la dinastía Han, llamado *kambun* en japonés, bajo el que se compila una nueva historia dinástica al estilo continental (*Nihon shoki*. 720)¹³. Este texto también hace uso del *kana* con lectura *han*, para las expresiones puramente japonesas, pero fundamentalmente mantiene la lectura china para los caracteres con valor semántico, dando como resultado un efecto de estilo “continental”, frente al estilo “nacional” de los dos otros textos arriba mencionados. El japonés posterior evoluciona en dos líneas. El desarrollo del *kana* llega hasta crear un silabario completo con una grafía propia, que permite al japonés una progresiva

Minami Hiroshi, *Nihonjinron*. Iwanami shoten. 1994, 2.

¹⁰ 552 según algunos autores.

¹¹ Reinado de Suiko. Vid. Mori Hiromichi, “*Nihongo to Chugoku no koryu*”. *Nihon no kodai* 14, op. cit. 133-134.

¹² La traducción estándar de esta obra al inglés es de Donald L. Philippi, *Kojiki*. Univ. of Tokyo Press. 1968.

¹³ La versión inglesa estándar es aún de 1896, obra pionera y maestra de la japonología realizada por W. G. Aston, y publicada hoy día por Tuttle, octava impresión de 1988.

independencia de los ideogramas chinos, y que se convierte en el elemento último de definición lingüística, frente al encuentro posterior con el sistema de escritura románica. Por otra parte, el uso del *kambun* de un modo muchas veces caótico, o falta de un criterio preciso, hace que muchas producciones lingüísticas, especialmente medievales pero que llegan hasta el siglo pasado, escritas al estilo chino, sean en parte prácticamente indescifrables.

4 el encuentro con Europa

La situación del japonés en el s. XVI, antes de la llegada de los europeos, se caracterizaba, pues, por el desplazamiento progresivo que había tenido lugar durante la Edad Media, del estilo “continental” o *kambun*, herencia de la época clásica, en favor de una literatura nacional en el sistema japonés o *kana*. Con la llegada de los europeos, en los s. XVI-XVII Japón mantiene simultáneamente un intercambio cultural y lingüístico con Corea, China y Europa. El resultado de este encuentro son los experimentos de transcripción del japonés al alfabeto coreano, al chino en lectura original, y a los alfabetos europeos. En el caso del coreano se producen textos de tipo glosario, en el caso del chino tratados de geografía, y en el caso de los idiomas europeos diccionarios, traducciones de textos cristianos al japonés, etc. de entre estos últimos citaremos algunos que tienen para nosotros un valor incuestionable: *Extractos de vidas de los santos (Santosu no gosagyou no uchi nuqigaqi. 1591)*, *Doctrina cristiana (Dochirina qirisitan. 1592)*, *Método Álvarez de gramática latina (Aruvaresu siqi raten buntten. 1594)*, y el *Gran diccionario de japonés (Rodorigesu Nihon dai buntten. 1604-8)* entre muchos otros.¹⁴ En su mayor parte son textos producto de la colaboración nativa y extranjera, y presentan la particularidad de que, como hemos señalado, son transcripciones del japonés al alfabeto europeo. Aquí se le presenta al japonés la oportunidad histórica de escoger una grafía de transcripción más simple que la china, pero aparece el problema de que la transcripción latina de los misioneros portugueses no coincide con la de los españoles, ni ésta con la de los italianos, y posteriormente aún menos con la de los ingleses o los holandeses, creándose para los japoneses la necesidad de anotar la lectura en *kana*, en un sistema de letra pequeña adosado a la letra principal del texto, llamado *furigana*, sistema que se había inventado en la Edad Media, en los textos de comentario de obras clásicas, para facilitar su lectura. El resultado de todo ello es que los textos mencionados sólo tienen un valor histórico, y el alfabeto latino, en la actualidad llamado *romaji* en Japón, no se incorpora al japonés, dejando de producirse tal tipo de literatura (*keirishitanban*) con el corte de relaciones que se opera en la era Tokugawa (s. XVII-XIX).

Sin embargo el *romaji* no se pierde. Durante la era Tokugawa se mantiene el contacto con el holandés, y con la reapertura de relaciones exteriores que se opera en la segunda mitad del siglo pasado, los estudiosos extranjeros usan el alfabeto para transcribir el japonés en los diccionarios. Por parte japonesa, se llega a formar una Sociedad de Amigos del *Romaji (Romaji-kai)*, que publican una revista de japonés transcrito totalmente al alfabeto, en años caracterizados por un gran fervor en

¹⁴ Vid. cuadro comparativo en Fukushima Kunimichi, “*Soto kara mita nihongo*”, *Nihongo no rekishi*, Sakakura Atsuyoshi (ed.) 1977, 303.

muchos intelectuales hacia la cultura occidental.¹⁵ El sistema de transcripción de esta Sociedad adquiere una estandarización reconocida universalmente gracias a su adopción por el americano J. C. Hepburn, misionero protestante que llega a Japón en 1859, y que lo usa en la compilación de su diccionario japonés-inglés (1886), convirtiéndose en el sistema que encontramos en los diccionarios actuales (y por ende el adoptado en la transcripción de vocablos japoneses en este ensayo).¹⁶ Con la entrada de Japón en la nueva era de relaciones internacionales, que acompaña a su occidentalización a partir de finales de siglo pasado, el uso del alfabeto se incorpora progresivamente a la vida cotidiana, y el Ministerio de Educación decide estandarizar un sistema ligeramente diferente al Hepburn, el *kunreishiki* (1937), sistema que aún hoy desprovisto de valor oficial es el empleado en la enseñanza del *romaji* en la escuela japonesa. De este modo, en la vida cotidiana actual nos encontramos con el uso de dos grafías alfabéticas diferentes que transcriben un mismo fonema.¹⁷ Así tenemos que el japonés actual, si bien en su estructura gramatical, como en su transcripción silábica (*kana*) es un idioma relativamente simple, en su variedad lexicográfica es tremendamente complejo, haciendo de su aprendizaje una labor ingente. En resumen, el estudio de la cultura japonesa exige de partida el dominio de un sistema ideográfico como el chino, pero con varias lecturas por cada ideograma, de dos silabarios, *hiragana* y *katakana*, y de un sistema alfabético parecido al inglés, pero con sus variantes. El secreto de este idioma, como de toda la cultura japonesa, es cómo hacer lo complejo simple, sin caer en el reduccionismo lingüístico o cultural, sino gracias a un tipo de asimilación osmótica que hace del japonés y la cultura japonesa aún un verdadero enigma para el estudioso de la japonología.

5 el factor extralingüístico en la cultura japonesa

Una consideración del papel de la lengua en la cultura japonesa no puede, sin embargo, prescindir de los elementos no discursivos en el acto de comunicación. Pues lo realmente peculiar del uso del japonés en la estrategia comunicativa no está en el contenido explícito o el tono apodíctico del mensaje lingüístico, sino en lo implícito, existiendo en múltiples ocasiones una desproporción importante entre contenido expresado e intención no expresada. Esta última es comprendida por el receptor porque tiene las claves del contexto en que se emite el mensaje. Como consecuencia, esta estrategia comunicativa hace al observador externo incapaz de interpretar la intención del mensaje. Especialmente si la situación de comunicación es formal, lo cual ocurre siempre que la relación de los hablantes es de superior-inferior, el que hable desde un status de superioridad no se prodigará por lo general en emisiones explícitas de su intención de comunicación, sino que exigirá que el receptor

¹⁵ Sirva de referencia la propuesta hecha al gobierno por el político de Meiji que llegaría a ministro de educación Mori Arinori, de sustituir el japonés por el inglés como idioma oficial de la nación, propuesta hecha en su artículo de 1872 “*Eigo kokugoka ron*”. Vid. Minami Hiroshi, op. cit., 23.

¹⁶ Con la excepción de la transcripción de las obras denominadas *kirishitan-ban*, donde se reproduce un *romaji* basado en la grafía del portugués de la época.

¹⁷ Vid. Florián Coulmas, “La introducción del alfabeto en Japón”, *Investigación y Ciencia*. Sept. 1996, 22-32.

entienda especialmente lo que no se ha verbalizado en el discurso del emisor. P. ej., recientemente un conocido jugador profesional de la liga de béisbol japonesa se quejaba públicamente de que había tenido que tomar la decisión de abandonar su equipo ante el vacío comunicativo a que se le había sometido para que entendiera las intenciones de la directiva de expulsarlo. En la estrategia comunicativa de superior-inferior en japonés, raramente hay una negativa explícita desde la instancia superior, habrá silencio, emisiones lingüísticas extremadamente ambiguas, o incluso el contenido expreso y la intención no-expresa serán contradictorios (fenómeno llamado *tatemaie-honne* en Japón). El empleado que es sorprendido por su jefe en un pub, en un film de Ozu Yasujiro, responde invariablemente series de “sí,no”, “sí,no”, para adecuar de ese modo sus respuestas lo mejor posible a las expectativas de su interlocutor. Este tipo de estrategias de comunicación hacen del japonés un idioma extremadamente ambiguo, cuyo mero dominio gramatical o léxico no soluciona los problemas de la eficiencia comunicativa.

Pero este aspecto del japonés y la cultura japonesa, si bien son objeto de análisis hasta la exhaustividad por los críticos de la “sociedad feudal” o “sociedad de la dependencia” (desde Nakane Chie¹⁸ hasta Doi Takeo¹⁹ y el holandés Karel van Wolferen²⁰), nos revela una dimensión que requiere de una apreciación más hermenéutica. Autores como Tada Michitaro²¹ y Shiba Ryotaro²² hacen hincapié en el valor de “lo gestual” en la cultura japonesa. “Lo gestual” aquí ha de entenderse como la forma concreta que toma la situación de comunicación. P. ej., la situación formal de sentarse (*seiza*), que implica un determinado tipo de comunicación, frente a las posturas relajadas de la relación huésped-invitado, o el tabú del contacto visual entre jefe-subordinado, herencia del mundo feudal y pre-feudal, frente a la cultura de la comunicación que introdujo la ceremonia del té en el Japón de las interminables contiendas entre *daimyo* por el poder. Sea como sea, siempre hay un contexto definido, lo que podemos llamar una fórmula o un estilo, un *shiki*. En esta categoría puede haber una variedad infinita de modelos, tanto recogidos de la propia tradición como importados de cualquier otra cultura extranjera. Y todos esos modelos coexisten simultáneamente sin entrar en conflicto.

Lo que aquí hemos denominado *shiki* puede ser una moda o un tipo de cocina, etc. Pero cualquier actividad humana se puede convertir en arte, por simple e intrascendente que pueda parecer. Así nace en la cultura japonesa otra dimensión (*do*), que nos abre una perspectiva completamente diferente de la que permite el análisis del nivel *shiki*. El *do* o “camino” nos sirve de engarce con un estrato diferente al *shiki*, y que vamos a denominar *kata*. Por *kata* entendemos la matriz cultural que

¹⁸ Vid. p. ej. *Tate shakai no rikigaku*. Kodansha Gendai Shinsho. 1978. Esta autora es conocida por su análisis de la sociedad japonesa como una “sociedad vertical”.

¹⁹ Este autor se hizo famoso por su concepto de *amae* o dependencia psicológica como enfermedad de la sociedad japonesa. Su obra principal es *“Amae” no kozo*. Kobundo. 1971.

²⁰ Vid. *The Enigma of Japanese Power*. Tuttle. 1993.

²¹ *Shigusa no Nihon bunka*. Kadokawa bunko. 1978.

²² *Nihongo to nihonjin*. Chuko bunko. 1984.

sostiene todos los intercambios del nivel *shiki*, y a la vez contiene las claves que hacen posible el nacimiento de los *do*, la muestra más sublime de la ética y la estética japonesas. Por *kata* entendemos, por tanto, el paradigma cultural japonés en su conjunto y en su originalidad.²³ Para diferenciarlo del *shiki* habremos de precisar que como paradigma no tiene forma definida, pero tampoco es abstracto. Y por diferencia con el *do*, o un camino concreto, el *kata* japonés no nos permite un compromiso exclusivo con ninguna expresión cultural definida, por muy refinada que ésta pueda ser, como el zen o el arte del *cha* o de la cerámica lacada, sino que mantiene su capacidad generadora de nuevas formas de expresión cultural tan válidas como las más tradicionales. El paradigma cultural japonés es en su esencia abierto y plural, pero no informe. Impregna de un modo inconfundible cualquiera de sus productos culturales, dándoles su DNA, en elementos omnipresentes en la cultura y, por ende, en la lengua japonesa, como lo son entre muchos otros el *mu*, o el valor del vacío y del silencio, o del *ma*, el espacio, la pausa o la distancia.

Salamanca, 27 julio 1999

Alfonso Falero

²³ El uso que el autor hace del término *kata* no coincide obviamente con el uso más común que se hace del mismo dentro de contextos como las artes marciales, donde *kata* viene a significar un “formato” o una técnica. Nuestro uso lo aproxima al de un “tipo”, en este caso aplicado a la cultura japonesa, dando como resultado una “tipología cultural”, en la línea en que hemos definido aquí el concepto.